

La hipótesis de Einstein sobre la violencia

Conversaciones en torno a la salud mental

Neolid Ceballos

Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis

La violencia, nuestra violencia, la violencia humana, ha modificado las formas de vida en la ciudad. Pero resulta que la forma de vida, es quizá una de las cosas más preciadas por un ser humano. Es posible observar cómo progresivamente se van modificando nuestras formas habituales de relación, con los otros, con las cosas, y en todos los ámbitos.

El nuevo siglo nos ha enfrentado a las situaciones más incomprensibles. Como digo en otro lado, el enigma que este siglo abre, a los hombres y mujeres que nos toca vivirlo, es inconmensurable. Se ha generalizado el más inquietante interrogante sobre el futuro del planeta, de la vida en el planeta, pero además, sobre la forma que tomará la vida entre los hombres.

Cuando alguien lanza su automóvil a muy alta velocidad y lo estrella contra otro vehículo, si bien son de importancia las condiciones en que tuvo lugar ese suceso, éstas pertenecen a un segundo plano, por el contrario, siempre se nos impone la pregunta acerca de qué fue lo que lo impulsó, y sobre esto no nos es fácil saber.

Una explicación que dé cuenta de estos fenómenos sin sentido, debe ir un poco más allá. En esta dirección es notable la interpretación que Einstein realiza de este aspecto de la experiencia humana, aspecto un poco oscuro, pero que es determinante.

Después de la primera guerra mundial, Einstein (Caputh, cerca de Postdam, 1932) escribió una carta a Freud preguntándole “¿Hay algún camino para evitar a la humanidad los estragos de la guerra?”. Era el año 1932 y en ese momento Einstein estaba vinculado a la Liga de las Naciones. Seguramente en ese momento los gobernantes se apresuraban a prevenir aquello que pocos años después fue la inevitable segunda gran guerra, de ahí la pregunta dirigida por Einstein al inventor del Psicoanálisis.

En la carta Einstein despeja, lo que él considera algunas cuestiones más obvias, como por ejemplo, lo que es el supuesto que da lugar a la Liga de las Naciones, esto es, que “el logro de la seguridad internacional implica, en una cierta medida, la renuncia incondicional de todas las naciones a la libertad de acción, o sea su soberanía, y está claro fuera de toda duda que ningún otro camino puede conducir a esa seguridad”, vale decir, todas las naciones renunciarían a una parte de su soberanía que depositarían en la Liga de las Naciones, y entonces se someterían a ella. Pero como Einstein decía, estas son cuestiones un poco obvias. Después de relatar cuáles podrían ser las acciones necesarias para instalar un poder supranacional, se dedica en su escrito a considerar los procedimientos que van en sentido contrario, es decir aquellos que llevan a desbaratar tal poder supremo así constituido, y entonces toma en cuenta las maniobras que los gobernantes llevan adelante a través

de la educación, la prensa y hasta la iglesia de un país, para lograr llevar a los soldados a la guerra contra otro país. Einstein ubica en los gobernantes, o mejor dicho, en las castas dominantes, la insidiosa tarea de manipular la opinión pública, para lograr que una nación se decida a entrar en guerra contra otra.

Sin embargo más allá de esto, el penetrante juicio de Einstein plantea que esta manipulación, estos procedimientos como él dice, no alcanzarían para que los soldados de una nación o para que los hombres y las mujeres todos de un país fuesen a la guerra; entonces, la pregunta central que Einstein dirige a Freud es la siguiente: “¿Cómo es que estos procedimientos logran despertar en los hombres tan salvaje entusiasmo, hasta llevarlos a sacrificar su vida?”. Einstein tenía su respuesta que se la comunica a Freud: “Solo hay una contestación posible: porque el hombre tiene dentro de sí un apetito de odio y destrucción”, que “permanece en estado latente y emerge en circunstancias inusuales”.

Einstein ilumina este difícil problema, ya que hace responsables a los gobernantes, o a las castas que están a veces en el poder, o a los fabricantes de armas, etc., pero a la vez, no quita responsabilidad al soldado. El que aprieta el gatillo, diríamos siguiendo a Einstein, tiene su responsabilidad como aquellos aviadores que arrojaron esos famosos artefactos sobre Hiroshima y Nagasaki, o los pilotos suicidas del S-11, porque cada uno es responsable del propio ejercicio de lo que todo hombre tiene dentro de sí y que Einstein llamó “un apetito de odio y destrucción”, que opera más allá de los ideales o de las razones, o de la obediencia debida.

Freud responde (Viena, Set. 1932) a los planteos de Einstein; y de entrada le manifiesta que él mismo ya lo ha dicho casi todo. De todos modos, después de un recorrido interesantísimo sobre lo desarrollado por Einstein entra en lo que yo me he permitido llamar, “la pregunta central” de Einstein.

Dice entonces Freud: “Ahora puedo pasar a comentar otra de sus tesis. Usted se asombra de que resulte tan fácil entusiasmar a los hombres con la guerra y, conjetura, algo debe moverlos, una pulsión a odiar y aniquilar. También en esto debo manifestarle mi total acuerdo. Creemos en la existencia de una pulsión de esa índole...”

Aquello a lo que Einstein llama “apetito”, Freud le llama “pulsión”: es lo sin ley que causa estragos cuando hay severas fallas en el sujeto, es lo que no obedece a ninguna racionalidad cuando se desborda. Alguien que solo es un automovilista se transforma en un piloto suicida en menos de una fracción de segundo cuando es tomado por ese apetito o pulsión; no lo sabe en ese momento, quizá no lo sabrá nunca, pero si se salva puede llegar a averiguarlo.